

*La esencia
del catolicismo*



AVALÓN

INTRODUCCIÓN:

Es una estadística sorprendente. Según las últimas cifras, casi 1,2 mil millones de personas en todo el mundo se identifican como católicos romanos. A pesar de las recientes turbulencias que la Iglesia ha experimentado en muchos países, todavía hay lugares en el mundo donde el catolicismo está creciendo. Sin embargo, muchas personas que fueron bautizadas como católicas en su infancia nunca han aprendido realmente de qué se trata el catolicismo. Tal vez usted es uno de ellos. Si es así, este audiolibro es para usted.

Este audiolibro está destinado a ayudarle a tener una idea del «panorama general».

En este libro se hacen algunas Afirmaciones verdaderas. Estas afirmaciones no son del todo armoniosas con las de otras personas y religiones, o incluso algunas personas que se consideran católicas. Este audiolibro intenta dar una explicación razonable de las Afirmaciones verdaderas de la Iglesia católica. No cubrirá todo en la Biblia o el catecismo, pero con suerte le dará una idea del panorama general. Usted podrá llenar los espacios vacíos por su cuenta.

Si estas Verdades le parecen razonables, entonces depende de usted dar un paso hacia la fe. Comencemos.



Primero: El problema

Dios le creó a usted, y a cada persona, para tener una relación de amor consigo mismo. Sin embargo, debido a la desobediencia de nuestros primeros padres, esa relación se arruinó. El pecado original introdujo una ruptura, una separación entre Dios y la humanidad. A través del pecado, la muerte vino al mundo, junto con el mal y el sufrimiento. El pecado es algo así como un virus espiritual con el que todos nacemos. La herida del pecado introduce una división en nuestra voluntad. Deseamos el amor, pero el pecado nos hace propensos al egocentrismo, y eso hace que sea difícil amar. La herida del pecado también nos deja con esa vaga sensación de vacío, que siempre nos lleva a desear algo más, ya sea comida, alcohol, dinero, éxito, cosas materiales o sexo. La posibilidad de encontrar la felicidad en este mundo está seriamente comprometida por las vulnerabilidades de nuestra naturaleza herida. Y así, con esta herida espiritual abierta, estamos sujetos a todo tipo de tentaciones que complican nuestras vidas y relaciones entre nosotros en una miríada de maneras. Todo lo que tiene que hacer es encender la radio o recoger el periódico para ver que el pecado y el mal son una realidad, y que sus efectos son devastadores.

Sin embargo, Dios puso en marcha un plan para nuestra redención y curación. Lo desarrolló durante varios miles de años. A través de la historia del pueblo judío, el Señor comenzó un largo proceso de revelarse a sí mismo y su plan para la redención de la humanidad. Este despliegue gradual se llama «historia de la salvación» y se puede leer sobre ella en el Antiguo Testamento de la Biblia.

A lo largo de la historia de la salvación, Dios se comunicó con el pueblo judío a través de ciertas personas llamadas «profetas». A través de los profetas él comunicó la forma de vida que quería que su pueblo viviera. Confirmó esta comunicación a través de señales y prodigios. Cuando Dios decía algo, sucedía. El pueblo judío vio que las obras de Dios y sus palabras coincidían.

Una de las cosas que Dios le dijo al pueblo judío fue que tenía la intención de enviar a alguien para salvarlos. Después, el pueblo judío fue perseguido constantemente por varios enemigos, como los griegos, romanos, asirios y babilonios. Él les dio todo tipo de pistas en cuanto a la hora y el lugar y las circunstancias. Cuando escucharon la profecía de un salvador, les dio esperanza para su futuro y un sentido de expectativa. Lo que tenían en mente era alguien que les ayudaría a vencer a sus enemigos y establecer a Israel como una potencia dominante en la región.

Sin embargo, cuando la promesa de Dios sobre el salvador se hizo realidad, no era exactamente lo que tenían en mente. Dios tenía una idea diferente de quién era el verdadero enemigo, y lo que se necesitaría para salvarlos.

Esto nos lleva a la afirmación de la verdad central del cristianismo. Hace unos dos mil años, Dios mismo se convirtió en un bebé en el vientre de la Virgen María. Esto se llamó la «Encarnación». Usted puede leer esta extraordinaria historia en el comienzo del Evangelio de Lucas en el Nuevo Testamento. Hay cuatro libros sobre la vida de Jesús en la parte de la Biblia llamada el Nuevo Testamento. Los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan registran el testimonio de testigos oculares sobre lo que Jesús dijo e hizo. Cada Evangelio está enmarcado un poco diferente para transmitir puntos particulares. Mateo, Marcos y Lucas proporcionan relatos narrativos de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Ellos cuentan cómo Jesús fue concebido milagrosamente en el vientre de la Virgen María, y dan los detalles de su vida, ministerio, milagros, parábolas, su muerte en la cruz, y su resurrección milagrosa en el tercer día.

El Evangelio de Mateo está centrado en demostrar que todas las promesas y profecías y sugerencias que Dios había presentado en la historia de los judíos con respecto al salvador prometido, se habían hecho realidad. Si nos fijamos en el Evangelio de Mateo, él constantemente relaciona los eventos de la vida de Jesús con las profecías en el Antiguo Testamento. Él argumenta que esas profecías se han hecho realidad. Jesús es el salvador prometido.

Durante la mayor parte de su tiempo en la tierra, Jesús vivió una vida bastante tranquila y ordinaria con su madre María y su padre adoptivo, José, que era carpintero en Nazaret. Cuando Jesús tenía unos 30 años, nos dicen los evangelios, comenzó un ministerio público como rabino. Eligió doce hombres, llamados discípulos, que viajaron y vivieron con él durante tres años. Durante esos tres años, fueron testigos de Jesús enseñando, predicando e interactuando con la gente. Estaban profundamente formados por su enseñanza.

Pero, ¿qué hizo a Jesús diferente de los otros rabinos? ¿Quién era este hombre, Jesucristo? ¿Era un maestro sabio como Sócrates o Confucio? ¿Fue un muy buen hombre, un buen ejemplo para nosotros? ¿Era otro profeta como los profetas del Antiguo Testamento? Todas estas ideas son parcialmente ciertas, pero la afirmación de verdad del cristianismo es que él es más que eso.

El propósito de esta sección de nuestro audiolibro es considerar las razones que los católicos y otros cristianos creen que Jesús fue Dios que se hizo hombre. Además, consideraremos algunas cosas nuevas que Jesús reveló acerca de Dios, que aún no fueron completamente reveladas en el Antiguo Testamento.

Durante el tiempo que los discípulos caminaron con Jesús, lo vieron hacer un número significativo de milagros. Demostró su «autoridad» sobre la naturaleza, con curaciones instantáneas, caminando sobre el agua, controlando el clima, levantando a la gente de entre los muertos, multiplicando pequeñas cantidades de comida para alimentar a miles

de personas, y convirtiendo el agua en vino. Estas señales milagrosas eran las credenciales o pruebas que indicaban quién era Jesús realmente. Las personas que los presenciaron fueron suficientemente

¡impresionados de informar estos eventos a sus amigos, y traerlos al encuentro de Jesús ellos mismos! Pero ser un hacedor de milagros no necesariamente hace a una persona divina. Muchos de los profetas habían hecho milagros. ¿Qué otra evidencia apoya la divinidad de Jesús?

Además de demostrar su autoridad sobre la naturaleza, Jesús también demostró su autoridad en el reino espiritual. Hubo diferentes ocasiones en que Jesús se encontró con personas que estaban poseídas por espíritus malignos. Cuando Jesús despidió al espíritu, ellos partieron; hicieron lo que Jesús les dijo que hicieran, porque Jesús tenía autoridad espiritual sobre ellos.

Sin embargo, de nuevo, el solo hecho de ser un exorcista efectivo tampoco prueba la divinidad de Jesús.

Sin embargo, a medida que sus discípulos continuaban presenciando estos eventos, las piezas comenzaron a acumularse. Un día preguntó a los discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Ellos respondieron con los varios rumores que estaban circulando, que Jesús era otro profeta, o que él era la reencarnación de Elías, o tal vez Juan el Bautista había vuelto a la vida.

Pero entonces, Jesús les hizo la pregunta: «¿Quién decís que soy yo?»

Fue Simón Pedro quien respondió: «¡Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente!»

La respuesta de Jesús a él es interesante. Dijo a Simón: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos; Y lo que ates en la tierra, será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos».

De esta manera, Jesús afirmó que sí, él era de hecho el salvador largamente esperado y prometido. Sin embargo, también afirma lo que dijo Pedro de que él es más que eso. Él es el hijo de Dios. Esto fue algo bastante provocativo para él decir, en su cultura.

Para entender por qué los cristianos creen que Jesús es Dios requiere que estudiemos cuidadosamente esta afirmación, junto con algunas de las otras cosas provocativas que él dijo. Vamos a considerar varios de ellas aquí. Primero, hubo varias ocasiones en que Jesús afirmó la autoridad para perdonar el pecado. Hemos escuchado esto tantas veces que el

impacto podría perderse en nosotros, por lo que es importante considerar cuidadosamente lo que él dijo. Una vez, la gente le llevó a un hombre paralítico para que lo sanara. Está registrado en el Evangelio de Lucas, capítulo 5. Lo primero que Jesús le dijo fue: «Hombre, tus pecados te son perdonados». Algunas de las personas que lo escucharon estaban bastante disgustadas por esto. Dijeron: «¿Quién es éste que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios? Pero Jesús no retiró el comentario. De hecho, cuando él sanó al hombre, dijo: «Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa». ¡Y lo hizo!

Estas fueron palabras muy provocativas. De hecho, para los judíos, esto era blasfemia.

En el transcurso de su ministerio de tres años, Jesús continuó provocándolos de esta manera.

¿Qué ha dicho Jesús hasta ahora? Sí, él era el Mesías prometido. Sí, él era el Hijo de Dios. Sí, Él incluso tenía la autoridad de Dios para perdonar pecados. Y aún había más.

En el evangelio de Juan, por ejemplo, hace la siguiente declaración asombrosa: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. nadie viene al Padre, sino por mí». Si escucharas a uno de tus amigos decir algo así, ¿no te parecería... bastante... extraño? Una cosa es conocer el camino, o saber la verdad... pero Jesús estaba diciendo SER el Camino, SER la verdad, SER la vida. Ni un camino entre otros, ni una verdad entre otros. Él era EL camino. LA verdad. LA vida.

Otra declaración de este tipo se encuentra en el Evangelio de Juan, donde Jesús afirma ser «uno» con el Padre. Esto presentó un GRAN problema para los judíos. En el Antiguo Testamento, Dios había revelado a los judíos en términos inequívocos que solo hay UN DIOS. Debido a esto, los judíos eran monoteístas estrictos. Tal vez la confrontación más dramática entre Jesús y los judíos sobre este punto se encuentra en Juan, capítulo 10. En el versículo 30, Jesús dijo, «Yo y el Padre uno somos». Fue en ese momento que los judíos estaban dispuestos a apedrearlo, porque él afirmó ser Dios.

Este tipo de confrontaciones y reclamos son los que eventualmente provocaron a las autoridades religiosas a hacer que Jesús fuera condenado a muerte, acusado de blasfemia. Interrogado una y otra vez, Jesús nunca retiró la reclamación. El Evangelio nos dice que Jesús sufrió una muerte brutal y humillante. Fue crucificado en una cruz.

Ahora, solo porque Jesús reclame ser Dios, no lo hace Dios. Podría haber estado delirando. O podría haber estado mintiendo. Pero hay muy poco que sugiera que este fuera el caso. La mayoría de las personas que leen las cosas que Jesús dijo, por lo menos admitirán que él era un sabio y buen maestro moral, incluso si no creen que fuese divino. Los

musulmanes dicen que Jesús fue un profeta. E incluso el Dahli Lama piensa en Jesús como un «ser plenamente iluminado». Así que tenemos que preguntarnos... ¿puede un buen maestro moral ser un mentiroso? ¿Puede un ser completamente iluminado estar delirando?

Ahora la pregunta es para TI. Jesús te pregunta: ¿Quién dices que soy? A la luz de la propia afirmación de Jesús de ser «uno» con Dios, ¿qué dices TÚ? ¿Él era sólo un buen maestro moral? ¿O era un mentiroso? ¿Estaba delirando?

¿O era Dios?



La Iglesia católica ha adoptado la última posición: Jesucristo fue la encarnación del único Dios verdadero. Y todo lo demás que él dijo o hizo debe ser entendido a la luz de esa verdad. Volveremos a este punto en unos minutos.

¿Cómo entendemos esta afirmación de ser Dios, a la luz de lo que Dios reveló al pueblo judío; que él era un Único Dios? ¿Socava esto el monoteísmo?

Este es un nuevo capítulo en la Revelación divina, cuando Dios nos dijo algo que no podríamos haber descubierto por nuestra cuenta. Cuando Jesús afirmó ser Dios, e igual al padre, él nos estaba revelando, que el único Dios verdadero, del cual hay de hecho solo uno, tiene una vida interior que estaba oculta hasta entonces. Juntos, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios... compuesto por tres personas. El único Dios verdadero es una comunión de amor de tres personas, una familia divina. Para los oyentes de Jesús, esto era inaudito.

Solo después de muchos años de reflexión sobre esta sorprendente revelación, la Iglesia definió la doctrina de la Trinidad. Jesús reveló que la naturaleza misma de la dinámica de la vida interior de la Trinidad es el auto-regalo. Y si somos hechos a imagen y semejanza de Dios, entonces también somos creados para hacer un don de nosotros mismos de alguna manera.

Dios te dio la vida. Luego se entregó a ti. Su esperanza es que le devuelvas el favor y le des tu vida. Eso es lo que significa vivir una «vida Trinitaria». En la siguiente parte de nuestro estudio, trataremos de entender lo que eso significa.

Jesús también vino a establecer el reino de Dios». Los judíos esperaban que su salvador fuera un rey, pero tenían un reino político en mente. Jesús tenía un reino personal en mente, en el cual cada persona se sometería libremente en obediencia amorosa a la autoridad y providencia de Dios. La enseñanza de Jesús sobre el Reino de Dios se encuentra en el capítulo 5 del Evangelio de Mateo.

Cuando Jesús enseñó a sus discípulos a orar al Padre Nuestro, él les dijo: «venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad». ¿Qué significa dejar que el «reino de Dios venga» a nuestras vidas? Para entender esto, primero debemos entender el significado de la muerte de Jesús en la cruz y su resurrección.

Hemos estado diciendo que el pecado original causó una separación entre los seres humanos y Dios. El pecado trajo corrupción, desorden e infelicidad a nuestras vidas. A través del pecado, la muerte fue introducida en el mundo. A lo largo de la historia de la salvación, Dios

prometió un salvador que vendría y redimiría a la humanidad de las consecuencias del pecado, conquistaría el poder de la muerte, y nos reconciliaría con Dios.

Dios cumplió esta promesa de una manera que nadie hubiera pensado. Él mismo se hizo hombre, en la persona de Jesús. Después de tres años de ministerio público en los que se dedicó a hacer el bien, uno de sus amigos lo traicionó. En medio de la última cena, Judas se excusó y fue a las autoridades, que lo sobornaron para que los guiara a Jesús. Después de la última cena, Jesús fue al huerto de Getsemaní. Judas y una legión de soldados se encontraron con él allí, y Jesús fue arrestado y encarcelado. Fue acusado de blasfemia bajo la ley judía. Poncio Pilato era el gobernador romano de la región en ese momento. Cuestionó a Jesús, pero no encontró ninguna razón bajo la ley civil para sentenciarlo. Hizo planes para liberar a Jesús, pero los judíos exigieron su muerte. Así que, aunque Poncio Pilato sabía que era inocente, sucumbió a la presión política, y sentenció a Jesús a muerte por crucifixión.

Después de revelar la verdad completa sobre la vida interior de Dios, Jesús se entregó a los hombres pecadores, y se permitió ser crucificado brutalmente en la cruz. Dio su vida libremente. Sufrió, murió y se le dio un entierro precipitado. Para todas las apariencias externas, fue un final trágico y humillante para una vida buena.

Sin embargo, todo iba exactamente de acuerdo con el plan de Dios.

Cuando Dios prometió a Israel que él enviaría un salvador para salvarlos de sus enemigos, ellos pensaron principalmente en términos de enemigos políticos. Pero el verdadero enemigo era el pecado, que es muy poderoso para destruir nuestra felicidad y separarnos de Dios. A través de su muerte en la cruz, Dios tomó sobre sí el costo de nuestros pecados, y nos reconcilió consigo mismo. A través de la muerte de Dios en la cruz, el poder de la gracia fue liberado para salvarnos del poder del pecado y de la muerte. Ese fue el plan de Dios desde el principio.

Tres días después, algunos de sus amigos vinieron a su tumba para terminar de ungir su cuerpo. Para su sorpresa, encontraron que la tumba estaba vacía. La tela del entierro estaba cuidadosamente doblada, pero el cuerpo había desaparecido. Estos eventos sorprendentes se cuentan en el capítulo 20 del evangelio de Juan. Mientras María Magdalena estaba junto al sepulcro llorando, se dio la vuelta y vio a Jesús: VIVO. Había resucitado de entre los muertos.

¡Jesús venció a la muerte! Recuerda que la muerte había venido al mundo en Génesis, con ese primer acto de desobediencia. A través de su resurrección, el poder de la muerte había sido destruido. A través de la muerte y resurrección de Jesús, somos salvados del poder de la muerte, y nosotros también experimentaremos algún día la resurrección de nuestros cuerpos. Eso es lo que significa la SALVACIÓN.

Y la salvación no es solo algo que puede suceder «algún día» Está destinado a hacer una diferencia en nuestras vidas AHORA. Cuando Jesús, en nuestro nombre, aceptó obedientemente

la muerte en la cruz por nuestros pecados, el poder de la gracia fue liberado para sanar la herida del pecado original y sus efectos en nuestras vidas. De esta manera, la separación entre Dios y el hombre fue subsanada. Tenemos acceso a esta gracia de reconciliación con Dios a través del sacramento del Bautismo y los otros sacramentos.

Volviendo a nuestra consideración del reino de Dios ahora... Debido al pecado original, no estaríamos dispuestos a someternos a la voluntad y autoridad de Dios en nuestras vidas. La gracia de Dios dada a nosotros en el Bautismo nos da el poder de confiar nuestras vidas a Dios. Con su poder, podemos vencer el pecado y vivir en una relación amorosa de obediencia y libertad con Dios. Sin embargo, los sacramentos no son mágicos o automáticos. Podemos tomarlos o dejarlos. Si aceptamos el poder de la gracia a través de la fe, ganamos la vida eterna en el cielo. Si lo rechazamos, permanecemos en las garras de la muerte y perdemos la vida eterna.

Permitir que la gracia tenga su efecto en nuestra vida significa una reorganización total de nuestras prioridades. A través del poder del Espíritu Santo, podemos encontrarnos personalmente con Jesucristo y crecer en una relación personal con él. En el contexto de esta relación, Jesús te pide que le confíes toda tu vida y que te deje mostrarte un modo de vida que te ayude a prosperar. Para la mayoría de nosotros, esto requerirá cambios en nuestro estilo de vida. La gracia nos da el poder de reordenar nuestras vidas de acuerdo con la voluntad de Dios. En lugar de vivir para nosotros mismos, ahora elegimos poner su voluntad y su plan primero, porque creemos en su amor por nosotros. Confiamos en él, y queremos amarlo también. Lo hacemos viviendo una vida fiel a los mandamientos y a la enseñanza de la Iglesia. Vivir de esta manera se llama vivir en «el estado de gracia». Eso es lo que significa estar en el reino de Dios.

Parte 3: La Iglesia

Señalamos anteriormente que la afirmación de la verdad cristiana central es que Jesús es Dios. Y si él era Dios, entonces debemos considerar lo que dijo acerca de la Iglesia a la luz de eso. Mucha gente mira a la Iglesia como si fuera solo otra institución humana, viéndola a través de una lente sociológica. Pero los católicos creen que la Iglesia es más que una organización social. La Iglesia fue establecida por Jesucristo, y él prometió que sería guiada divinamente por el Espíritu Santo para enseñar con autoridad lo que Jesús enseñó.

Jesús le dijo a Simón Pedro en Mateo, capítulo 16. «Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos».

De estas palabras sabemos que Jesús tenía la intención de establecer una iglesia, una comunidad de creyentes. Pedro jugaría un papel clave en la fundación de esta Iglesia.



Una de las cosas más sorprendentes que Jesús dijo se encuentra en el sexto capítulo del Evangelio de Juan. Esto se llama el discurso del «Pan de Vida». Este texto bíblico es la base de la comprensión Católica de la Eucaristía. En este pasaje, Jesús dijo: «Yo soy el pan de vida. el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás».

Una vez más, ¡es algo muy provocador! No es sorprendente que algunas personas encontraran esto muy perturbador, y decidieron no seguir a Jesús después de eso. Y Jesús los dejó ir. Incluso preguntó a los doce discípulos si querían irse también. Fue Simón Pedro, quien dijo, «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».

Pero ya había uno que se quedó, a pesar de que no creía. Su nombre era Judas.

Algún tiempo después, en el ambiente íntimo de la última cena, Jesús tomó el pan y lo partió diciendo a los discípulos: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí». Entonces tomó una copa de vino, la bendijo y les dijo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí». Esta experiencia dejó una impresión muy profunda en los discípulos, y hasta el día de hoy, la Iglesia repite este momento en cada misa. Cuando las palabras de Jesús son pronunciadas por un sacerdote, el pan y el vino ordinarios se transforman en el cuerpo y la sangre de Cristo en cada Iglesia católica alrededor del mundo todos los días.

Durante esa última cena, Jesús dio más instrucciones a sus discípulos. «No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros», dijo. «Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho... Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad...»

Con estas palabras, Jesús promete la asistencia del Espíritu Santo a los discípulos, junto con una cierta protección en su memoria de lo que les dijo. Además de ayudarles a recordar lo que él enseñó, él también los guiará hacia «toda la verdad». Por esta razón, la Iglesia no es libre de inventar, o reinventar, su enseñanza, porque su mensaje le fue confiado por Jesús mismo.

Después de su resurrección, encontró a los apóstoles escondidos en el aposento alto. Respiró sobre ellos y les dijo: «Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío». Unos días más tarde, los encontró de nuevo. Tomó a Pedro aparte y le confió tres veces el ministerio de cuidar de su rebaño. De esta manera, confirmó que Pedro iba a tener un papel especial de liderazgo entre los discípulos.

En los días siguientes, más de quinientas personas lo vieron vivo de nuevo.

Más tarde, justo antes de ascender al cielo, se apareció de nuevo a los apóstoles. Él les dijo: «Toda potestad ME es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén».

Mirando las palabras de Jesús, podemos ver que tenía la intención de establecer una iglesia; dio a los apóstoles la autoridad para enseñar en su nombre; dio a Pedro un papel especial de liderazgo entre los apóstoles. En los años que siguieron, los apóstoles se convirtieron en misioneros, llevando el mensaje de Jesús a diferentes lugares del mundo y comenzando iglesias locales. Era importante para todos ellos que lo que se enseñaba en estas iglesias era consistente y fiel a la enseñanza de Jesús. Esencialmente, dondequiera que la Iglesia católica exista en el mundo, es parte de la única iglesia establecida por Jesús.

A medida que la iglesia comenzó a crecer y extenderse, los apóstoles eligieron a otros para compartir su ministerio y asumir el liderazgo. Ellos los encargaron a través de la imposición de sus manos. Con eso, la autoridad para enseñar en el nombre de Jesús se transmite se llama «sucesión apostólica». Cada generación de sucesores de los apóstoles que siguieron recibió el carisma de autoridad docente a través de la imposición de manos por parte de la generación anterior. Los sucesores actuales de los apóstoles son a lo que nos referimos como obispos. Pedro se convirtió en el líder, u obispo, de la Iglesia en Roma. Los católicos se refieren a él como el primer papa. Desde el martirio de Pedro, el obispo que ha dirigido la Iglesia en Roma es "el sucesor de Pedro" (el papa). El papa es el líder del colegio de obispos.

Por lo tanto, la Iglesia ve una relación especial entre el Espíritu Santo y los obispos, que son los sucesores de los apóstoles. Los obispos heredan la autoridad de enseñar en el nombre de Jesús. El Espíritu Santo ayuda a los apóstoles en su papel de enseñar fielmente lo que Jesús enseñó. El papa tiene un don especial, o carisma, de poder afirmar ciertas enseñanzas infaliblemente. Esto no significa que el papa nunca cometa un error, o nunca peca en su vida personal. Significa que, en ciertas circunstancias, puede declarar una enseñanza particular de la Iglesia con "infalibilidad". Hasta ahora, los papas solo han ejercido este carisma un puñado de veces, principalmente con respecto a las enseñanzas sobre María.

Cuando el papa y los obispos en unión con él enseñan la doctrina de la Iglesia, lo hacen con la autoridad de Cristo y la garantía del Espíritu Santo. El oficio de enseñanza de la Iglesia, dirigido por el papa y los obispos, se llama el Magisterio, de la palabra latina magister, que significa «enseñar».

Las fuentes del contenido de la fe de la Iglesia se encuentran en tres lugares. Primero, las sagradas Escrituras, es decir, la Santa Biblia, que es el registro escrito de la autorevelación de Dios. La Santa Biblia fue inspirada por el Espíritu Santo, quien ayudó a los escritores humanos enseñar "firmemente, fielmente y sin error" las cosas que Dios quería que se escribieran para nuestra salvación.

La segunda fuente del contenido de nuestra fe se llama Tradición apostólica. En los dos mil años transcurridos desde la época de Jesús, el papa y los obispos han tenido que considerar muchas cuestiones a la luz de la Revelación divina de Dios. El cuerpo de doctrina que se ha desarrollado a partir de esa reflexión, con la ayuda del Espíritu Santo, se llama Tradición apostólica, y se capta en el catecismo de la Iglesia católica. La Tradición apostólica nunca contradice las Escrituras. Y mientras nuestro entendimiento de la doctrina siempre se profundiza, nuestro nuevo entendimiento nunca contradecirá una doctrina ya establecida.

A medida que la vida continúa, las preguntas siguen surgiendo en la Iglesia. Estos son examinados a la luz de las sagradas Escrituras y de la Tradición apostólica por el magisterio bajo la guía del Espíritu Santo. Junto con las sagradas Escrituras y la Tradición apostólica, el magisterio es la tercera fuente del contenido de nuestra fe. Juntos forman un trípode inseparable de la fe. El magisterio no «compone» la doctrina de la iglesia, sino que considera cada cuestión a la luz de las Escrituras y de la Tradición. La totalidad de la enseñanza católica oficial se llama el «depósito de la fe».

Los recientes escándalos en la Iglesia—y, de hecho, todos sus capítulos oscuros—pueden hacernos dudar de si la promesa de Jesús ha sido efectiva. Sin embargo, es importante recordar dos cosas: si Jesús es Dios, entonces nada es imposible para él. Si Dios hace una promesa, él puede cumplir la promesa. Por esa razón, la enseñanza oficial de la Iglesia se puede confiar en lo enseñado por Jesús. Jesús no prometió que los apóstoles y sus sucesores siempre tomarían buenas decisiones de gestión. No prometió de que cada escuela católica haría un buen trabajo, o que cada sacerdote católico sería santo, o de que cada católico sería una buena persona. Los capítulos más difíciles y oscuros de la historia de la Iglesia a menudo se reducen a una mala gestión de las dificultades a nivel local. Dada la magnitud de algunos de los fracasos de la gestión, es un milagro que la Iglesia católica siga existiendo. Afortunadamente, incluso cuando las dificultades superan a una parte de la Iglesia, la bondad y la salud prosperarán en otra parte. Las partes enfermas vuelven a estar sanas a través de la conversión y renovación personal. Esta es la evidencia de la obra oculta del Espíritu Santo.

A través del poder del Espíritu Santo, es posible que tú tengas una relación personal con Jesucristo. Puedes encontrarlo en los asuntos cotidianos concretos de tu vida, y con la ayuda de su gracia, te convertirás en quien Él te quiso que fueras. Descubrirás el papel que estás destinado a jugar en Su plan. Esto es solo el comienzo.

Esa es la «esencia» del catolicismo.

Al final de esta parte de nuestro audiolibro, esperamos que hayas llegado a entender el panorama general un poco mejor. Todo lo que se ha dicho hasta ahora puede ser estudiado con mucha mayor profundidad, y esperamos que te animes a mirar la enseñanza de la Biblia y la fe católica aún más profundamente.

Si deseas recibir la bendición que se le ofrece a todos, entonces mira a Dios en tu corazón y di: «Jesús, gracias por mostrarme quién eres y lo que me estás ofreciendo. Creo que eres quien dices ser. Quiero conocerte más. Quiero recibir todo lo que tienes para mí. No quiero perderme nada. Hoy te encomiendo toda mi vida. Ayúdame a alejarme del pecado. Enséñame a vivir en tu gracia, y ayúdame a vivir según tu voluntad y tu plan para mí. Amén».

En la sección final de nuestro audiolibro, queremos considerar el matrimonio en el contexto de la Iglesia católica. Como se ha mencionado anteriormente, somos salvados por la gracia de Dios, que la ganó por nosotros en la cruz. La gracia es el poder sobrenatural que Dios nos da para vivir en unión con él. Pero la gracia es más que algo espiritual; es algo a lo que podemos acceder de una manera física y corporal. Hay siete fuentes concretas de gracia en la Iglesia católica: 1. Bautismo, Confesión, Eucaristía, Confirmación, Órdenes sagradas, Unción de los enfermos-----y Matrimonio.

Cada sacramento implica una fórmula de palabras, y algo material o físico (materia). Así, el sacramento del Bautismo consiste en la inmersión o vertido de agua sobre una persona, y las palabras «Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Esto no es solo una acción simbólica, sino una acción que transmite efectivamente la gracia. La gracia del Bautismo, por ejemplo, sana a una persona del pecado original y transmite la vida divina al alma. Sin embargo, para ser plenamente efectivo, la persona debe hacer un acto personal de fe con Jesucristo. Como futuros padres, usted querrá tener esto en cuenta después de que sus bebés sean bautizados.

El Matrimonio es también un sacramento, una fuente de gracia. Una relación matrimonial está destinada a ser una imagen o un icono del amor y el compromiso que Dios tiene por su pueblo, y que Jesús tiene por la Iglesia. Si nos fijamos en la historia de la salvación, se puede ver que el Matrimonio es una constante a lo largo de la escritura, desde los comienzos en Génesis, hasta el final en el libro de Apocalipsis. Comienza con Adán y Eva, y termina con Cristo el novio, encontrándose con la Iglesia, que es su novia, en la fiesta de bodas del cordero. La relación de Dios con su pueblo no siempre fue fácil, pero fue permanente. Así que los católicos que se casan están imitando a Dios al comprometerse unos con otros de manera permanente.

Lo que diferencia a un matrimonio católico de un matrimonio civil es que cumple las

condiciones de ser un sacramento. Un matrimonio sacramental es una fuente concreta de gracia, tanto para la pareja como para la Iglesia. ¿Cuáles son las condiciones que hacen de un Matrimonio un sacramento?

Si has preparado la liturgia para tu matrimonio, habrás notado que hay dos preguntas que se presentan a la pareja en cada ceremonia católica, antes de la pronunciación de los votos. Primero, «¿Vienen libremente y sin reservas para entregarse los unos a los otros como marido y mujer?» En otras palabras, la Iglesia quiere asegurarse de que ninguno de ustedes está bajo ninguna presión para casarse—nadie ha sido forzado a esto, a través de ninguna amenaza. Además, quieren saber que han revisado la situación cuidadosamente, y que tienen la intención de pasar el resto de sus vidas juntos «sin reservas». Lo que eso significa es que no hay condiciones en esta promesa, como un cierto ingreso, o estilo de vida, o «siempre y cuando tengamos una vida sexual agradable». Básicamente estás diciendo que no importa lo que pase, estoy en esto de por vida.

Esta promesa estabiliza a la pareja a través de los altibajos de la vida, y crea un entorno más seguro para su asociación en la crianza de los hijos que nacen como resultado de su unión.

La segunda pregunta es: «¿Aceptarás a tus hijos como un regalo de Dios?» Aceptar estar abierto a los hijos significa esencialmente que no usarás medios artificiales para evitar concebir hijos, como píldoras anticonceptivas, condones u otros dispositivos. Hay medios naturales altamente eficaces por los cuales planificar su familia a través de la observación de los cambios en el ciclo mensual de la mujer. Los métodos de planificación natural de la familia han mejorado considerablemente con la ayuda de la ciencia. El ejercicio de la abstinencia sexual periódica proporciona tiempos para aprender a comunicarse y desarrollar otras formas de intimidad. También deja espacio para que Dios se mueva en el corazón de la pareja para abrirse a una nueva vida. Además, el ejercicio tiene el beneficio añadido de desarrollar el autocontrol, que es un don del Espíritu Santo que ayuda a madurar el carácter de la pareja.

Si no pueden decir sí en sus corazones a ambas preguntas cuando hacen sus votos, no tienen un matrimonio sacramental. Usted todavía puede «casarse legalmente», pero no tendría la ayuda de la gracia de los sacramentos para ayudarlo a cumplir

sus obligaciones como persona casada. Esta es una gracia sin la que no querrá estar, ¡así que examínate cuidadosamente antes de decir que sí a estas dos preguntas!

Solo después de que la Iglesia atestigua sus consentimientos para entregarse el uno al otro, se pronuncian los votos, en los que prometen permanecer juntos como marido y mujer, para bien o para mal, en la riqueza o en la pobreza, en la enfermedad y la salud hasta que la muerte los separe.

El matrimonio no se completa en la boda, sino en la consumación del matrimonio a través de las relaciones sexuales. La iglesia considera sagrado el sexo entre marido y mujer, porque solo así se transmite la nueva vida humana. El vínculo sacramental del matrimonio se renueva cada vez que el marido y la mujer se unen de esta manera.

La gracia del sacramento es extremadamente útil en los altibajos de la vida, y esto nunca es más cierto que cuando se convierten en padres. Millones de parejas han confiado en la gracia del sacramento para sostenerlas en su compromiso mutuo.

En los ojos de Dios, el sacramento del matrimonio es indisoluble, es decir, no puede ser roto por el divorcio. Si una pareja con un matrimonio sacramentalmente válido se divorciara, el vínculo invisible entre ellos aún permanecería. Por eso la Iglesia católica no permite el divorcio. (Sin embargo, examinará un matrimonio roto para ver si existían las condiciones para convertirlo en un sacramento. Si no, el vínculo matrimonial se considera «nulo» o inexistente, y se concede una anulación, dejando a la pareja libre para casarse con otra.)

Sin embargo, ¡tal no será el caso contigo! Su deseo ahora mismo es que su matrimonio funcione plenamente como un sacramento y esté lleno de las gracias que necesitarán para tener una vida larga y feliz juntos.

¡Que Dios bendiga ese deseo!



